

Una obra colombiana de Próspero Mérimée

Escribe: ANIBAL NOGUERA MENDOZA

En 1828, Colombia estaba de moda en el París de la Restauración. Aún se hablaba con admiración de la epopeya libertadora, pues hasta la orilla del Sena habían llegado el ruido de los sables en Junín y el estampido de los cañones en Ayacucho. Ciertamente, ya nadie usaba el sombrero Bolívar pero la epidemia romántica estaba en su clímax, tanto en los boulevardiere como entre los estudiantes e intelectuales. Desaparecido el capote del Emperador, Colombia representaba el ideal heroico de la juventud europea. Como muchos años después lo fue Cuba.

Por ello, ahora el tema preferido en dondequiera que no figoneaba la policía borbónica, era el del rumbo político que tomaba el nuevo país. Por un lado las leyes y por el otro los sables. La constitución de Cúcuta zarandeada por las ideas constitucionales que soplaban del Perú y, en el fondo, la sombra de una corona que los ambiciosos orfebres de Bogotá tejían a espaldas del Libertador. Emparapetados en el *Currier Francais* y en la *Gazzette de France*, Benjamín Constant y el Abate de Prat se convirtieron en los gonfaloneros de las ideas en pugna entre Bolívar y Santander.

Además, teníamos allá un Embajador oficioso: el Barón de Humboldt. Este cebaba el interés por lo nuestro a través de sus permanentes descripciones del país: Su llegada a Cartagena, la vida de los zambos del Dique, la clasificación de las tierras en los barrancos de Zambrano, el orgullo y la vanidad de los cuatro condes y los dos marqueses momposinos, las costumbres de los bogas del Magdalena, el cielo encapotado de la Santa Fe recoleta y friolera, su estancia en Popayán en donde le sirvieron ochenta platos preparados a base de maíz, sus relaciones con el ingenuo sabio Caldas de quien se burlaba con descarada crueldad.

El científico teutón era dueño de una lengua sabrosa que encantaba a los oyentes y, de salón en salón, soltaba la madeja neogranadina. A estos ambientes frívolos concurrían espíritus selectos. En torno a la curiosidad y a la sorpresa giraban los salones de Madame Recamier, el de la viuda de Lafayette y el de Madame Clarke, para solo citar los más famosos, a donde concurrían artistas, escritores, científicos y poetas de la calidad de Musset, Jorge Sand, Próspero Mérimée, Gerard, Delacroix, David D'Angers, Cuvier, Faurier, Arago, Saint-Hilaire y damas deliciosamente exquisitas como la marquesa de Montebello y aquella Miss Mery Clarke, la única que lograba desarrugarle el entrecejo al Vizconde de Chateaubriand. Hicieron tanta historia tales salones que su crónica aún perdura en los excelentes libros de Carlos Lenormant, Herriot y, el más codiciado, "Una Tertulia en París", de O.K. Meara.

Con la llegada del doctor Francisco Deseado Roulin, después de cinco años en Santa Fe de Bogotá, se alborota el cotarro neogranadino en París. El brillante viajero no pierde el tiempo y desempaca del equipaje ultramarino sus amenas narraciones sobre el Nuevo Mundo y los "buenos salvajes". Hizo una carrera fulgurante, tanto en la alta burguesía de Abbaye-aux-Bois como en el gran público, ya que también se le abrieron las páginas de *Le Globe*, *Le Temps* y *Revue de Deux Monde*.

Cuando el doctor Roulin estaba con ánimo serio se transformaba en el sabio naturalista experimentado por los Andes, en la región de Supía y Marmato o siguiendo el cauce del río Meta. Si tenía la inteligencia juguetona recurría a los acontecimientos pintorescos como sus clases de fisiología en la primera escuela republicana de Medicina, a las que se presentaba, obligado por la pobreza, con una levita de cretona; o la venta del caballo que recibió en pago de un retrato, o sus droláticos recuerdos del cura Bonafonte, en Riosucio, o la cómica anécdota de la Barca de Caronte en la que estuvo metido el propio Libertador. Si se encontraba analítico explicaba sus observaciones relativas a la frecuencia del pulso en los enfermos bajo las diferentes presiones atmosféricas, o sus investigaciones sobre el tapir o el origen del maíz o sobre los cambios observados en los animales domésticos transportados del antiguo al nuevo continente.

Sin embargo, lo que más llamaba la atención en las charlas del doctor Roulin eran sus relatos sobre las costumbres, modas,

estilo humano, pasiones y carácter de los colombianos. En este aspecto su *causerie* llegaba a la máxima expresión, acompañado de gestos e imitaciones. Condición esta reconocida por quienes le escuchaban. O'Leary en Honda cayó en el encanto; así lo manifiesta en carta a su mujer: "Esta tarde me visitaron el coronel López (José Hilario) y el doctor Roulin, cuya agradable conversación nos entretuvo por largo rato".

En la tertulia de la adorable Julieta Recamier, el doctor Roulin recibió una singular hospitalidad. A pesar de su natural discreción, allí se convierte, a mediados de 1828; en personaje de primer orden. A sus pláticas se le ponía oído como a ninguna otra. Entre los atentos oyentes se encontraba el dramaturgo Próspero Mérimée, conocido por la notoria vocación suya hacia lo español, hasta en el aspecto sentimental. Bastaría recordar su participación en la carrera de Eugenia de Montijo.

Por primera vez, se le abría a Mérimée el telón de América. Por los labios del doctor Roulin discurría la otra España que le era desconocida. Y tomando apuntes, casi de manera inmediata al conocimiento personal con el joven médico de Nantes, escribe sin reparar en fallas e imprecisiones su obra *La Familia Carvajal*, cuyos personajes son colombianos y su desarrollo ocurre en una distorsionada geografía que termina siendo ... nuestro país. En ciertos momentos, el lector se encuentra en Venezuela o acompañando a unos piratas que merodean la costa cantábrica.

El tema de *La Familia Carvajal* es de una volcánica acción, porque Mérimée, como dice Margarita Combes, "decidió que las pasiones, las crueldades y las venganzas castellanas debían estar exacerbadas en América". Constituye una de esas obras que se le escapan a un escritor. Su valor es el de servir como testimonio de la presencia de Colombia en la literatura universal.

Pero no solo en este drama nos encontramos ... en el universo teatral de Próspero Mérimée. Las referencias colombianas son fáciles de hallar en otras obras como en el sainete "La Carroza del Santo Sacramento", que sucede en la Lima de la Perricholi. En el texto se encuentran algunas menciones como: "*Este rosario estuvo depositado por espacio de nueve días en la urna de la bienaventurada imagen de Nuestra Señora de Chimpaquirá*", por Chiquinquirá. Tal como lo aclara en una nota: "Image tres -réverée du nouveau monde", y más adelante:

“C’est l’image la plus réverée de la Nouvelle-Grenade”. Así como lugares y modismos que debieron ser citados frecuentemente por el doctor Roulin en sus charlas de *salonnier*.

La influencia del doctor Francisco Deseado Roulin en el teatro americanista de Próspero Mérimée se confirma en las notas explicativas de *La Familia Carvajal*. Solo una persona que hubiese visto a América con ojos científicos podía detallar ciertos fenómenos como el de la cruz del sur o el significado de las flechas con plumas rojas o la connotación del vocablo *machete*, que continúa siendo un regionalismo.

* * *

La Familia Carvajal, como todas las obras con temática española, fue representada en el teatro de Clara Gazul, una gitana de Montril. Su prontuario es rico en barajas, facas, serenatas, un tal fray Roque, escandalosos amores, guitarras, asilos, militancia a favor de la constitución de Cádiz, hasta cuando se estrena en *La Mujer de un Diablo* y de un salto llega a París. Todo un personaje merimeano.

El texto que se utilizó para esta primera traducción al español de *La Familia Carvajal*, efectuada por Enrique Santos Molano, fue editado por Charpentier, Libraire-Editeur, Quai de Ecolo, 28, Paris, 1865.

PRÓSPERO MÉRIMÉE
LA FAMILIA CARVAJAL

DRAMA

1828

Oh malvado,
incestuoso, desleal, ingrato,
corrompedor de la amistad jurada
y ley de parentesco conservada.

LA ARAUCANA

’Twas stange
How like they look’d! The expression was the same
Serenely savage, wit a little change
in the dark eye’s mutual —darted flame;
For shee too was one who could avenge,
in cause should be - a lioness though tame.
Her father’s blood, before her father’s face
Boilsd up and proved her truly of his race.

D. Juan, canto IV st 44

PREFACIO

En la obra del desgraciado Ustariz, sobre la Nueva Granada, he leído la anécdota que forma la materia de la pieza siguiente; he aquí su resumen:

“Don José María Carvajal descendía de don Diego, maestro de campo de Gonzalo Pizarro, y su crueldad pasó a ser proverbial (1). Ciertamente, no desmerecía de su origen, porque no hubo rapiña, traiciones y homicidios de los que no se hiciera culpable en distintos lugares, tanto en este reino como en el golfo de México, donde ejerció por mucho tiempo su oficio de pirata. Agregad a esto que se entregó a la magia, y que para agradar al diablo, su inventor, cometió muchos sacrilegios, demasiado horripilantes como para reseñarlos aquí. Sin embargo, obtuvo su perdón a precio de oro, que poseía en abundancia, y, habiéndose establecido en costa firme, consiguió que el virrey olvidara sus fechorías, sometiendo muchas tribus de indios salvajes y rebeldes a la autoridad de S.M.C. En esta expedición, Carvajal no descuida sus intereses, porque despoja de sus bienes a numerosos criollos inocentes a los que hizo morir enseguida, bajo la acusación de estar en inteligencia con los enemigos del Rey...

En el clímax de su carrera, había raptado y desposado a una joven noble, oriunda de Vizcaya y llamada doña Agustina Salazar, en la cual tuvo una hija a quien pusieron doña Catalina. El le permitió a la madre educarla en el convento de Nuestra Señora del Rosario en Cumaná; pero cuando se estableció en Yatepa, al pie de la cordillera, hizo que le llevaran a su lado a la señorita, cuya rara belleza no tardó en encender una llama impura en el depravado corazón de Carvajal. Primero intentó seducir la inocencia de la joven Catalina, ya con el suministro de malos libros, ya distorsionando en su presencia los misterios de nuestra santa religión. Como fueran inútiles sus esfuerzos, tramó un ardid diabólico e intentó persuadirla de que ella no era su hija, y que su madre, doña Agustina, había faltado a la fidelidad conyugal. Habiendo quedado sin efecto toda esta infame maquinación, por gracia de la virtud de doña Catalina, Carvajal, cuyo carácter colérico no podía ocultarse por mucho tiempo detrás de la astucia, resolvió emplear la fuerza contra la inocente criatura. Primero, se deshizo de su mujer por medio del veneno, según la opinión generalmente aprobada; después, encerrándose a solas con su hija, a

la que había suministrado un brebaje mágico (el cual, sin embargo, no produjo efecto en una cristiana) ensayó reducirla por la violencia. Catalina, sin otro recurso a su alcance, tomó la daga de Carvajal y le propinó tal puñalada que el malvado murió casi enseguida. Segundos después llegó el capitán don Alonso de Pimentel, con los indios y los españoles, para sacar a Catalina por la fuerza de la casa de su padre. Don Alonso la había conocido en Cumaná y la amaba tiernamente; pero, en comprendiendo lo ocurrido, la abandonó en el sitio y regresó a España, donde me dicen que se hizo monje. En cuanto a doña Catalina, emprendió la fuga, y jamás se supo de ella. El juez don Pablo Gómez, que conocía en este asunto, hizo grandes esfuerzos para encontrarla, pero inútilmente. Quizá se puso a salvo entre los indios tamanacos, quizá fue devorada por los jaguares en castigo por el homicidio que había cometido. Se destaca que el cadáver de don José fue desenterrado y engullido por los jaguares, en la noche que siguió a su entierro”.

(Ver la historia del proceso de Beatrix Cenci).

Jamás se me habría ocurrido componer un drama con esta horrible historia, sin las dos cartas que se van a leer y que recibí casi al mismo tiempo.

PRIMERA CARTA

Señor:

Me llamo Diego Rodríguez de Castañeda y Palacios; soy el comandante de la corbeta colombiana *La Regeneración de América*, en crucero sobre las costas del noroeste de España. En casi un año hemos capturado cientos de hermosos botines, lo cual no impide que, de vez en cuando, nos aburramos endiabladamente. En efecto, ya imaginaréis sin dificultad la especie de suplicio que soportan las personas condenadas a navegar siempre con la tierra a la vista y sin poder pisarla jamás.

Yo había leído que el capitán Parry, en medio de los hielos polares, entretuvo a su tripulación valiéndose de comedias representadas por sus oficiales. Yo he querido imitarlo. Tenemos a bordo algunos volúmenes de teatro; nos pusimos a leerlos todas las tardes en la cámara del consejo, buscando algunas piezas que nos convinieran. Usted, señor, no acertaría a comprender hasta donde nos resultaron aburridoras estas lecturas. Todos los oficiales querían estar de guardia para evitarlas. Personajes, sentimientos, aventuras, todo nos parecía falso. No topamos sino con príncipes sedicentemente enamorados perdi-

dos, que no osaban tocar ni la punta del dedo de sus princesas, aunque los tuvieran del largo de un bichero (2). Esta conducta y sus declaraciones de amor nos asombraban, marinos como somos y acostumbrados como estamos a entrar sin rodeos en asuntos de galantería.

Para mí, todos estos héroes de tragedia no son sino filósofos flemáticos que tienen horchata en lugar de sangre en las venas, gentes en fin cuyas cabezas girarían cargando una gavia (3). Si alguna vez uno de estos señores mata a su rival, en duelo o de otro modo, los remordimientos lo asfixian enseguida, y hele allí más retorcido que una baderna (4). Tengo veintisiete años de servicio, he matado a cuarenta y un españoles, y jamás he sentido nada semejante; entre mis oficiales, pocos son los que no han visto treinta abordajes y otras tantas tempestades. Usted comprenderá fácilmente que, para conmover a gentes como nosotros se requieren obras de distinto género de las que se escriben para los burgueses de Madrid. Si yo tuviera tiempo, escribiría tragedias; pero, entre mi diario por llevar y mi velero por comandar, no tengo un instante para mí. Se dice que usted posee un talento prodigioso para las obras dramáticas. Usted me haría un gran favor si empleara este talento en componerme una pieza que representaríamos a bordo. No necesito decirle que no nos hace falta cualquier sosería; al contrario, nada será demasiado fuerte para nosotros, ni demasiado picante. No somos gazmoños y no tenemos miedo sino de la languidez. Si hay enamorados en vuestro drama, que despachen vivamente su trabajo. Pero, ¿habrá necesidad de decirnos más? A buen entendedor, salud. Cuando vuestra comedia esté lista, nos arreglaremos para el pago. Si los mercaderes españoles os son agradables, haced caso omiso de esta carta.

Por lo demás, señor, no abriguéis el temor de que váis a escribir para gentes incapaces de apreciaros. Nuestros oficiales han recibido todos una excelente educación, y yo mismo no soy un miembro indigno del todo de la república de las letras. Soy autor de dos obras que, me atrevo a decirlo, no carecen de mérito. La primera es *El Perfecto Timonel, en 4to., Cartagena, 1810*. La otra es una memoria sobre los cables de hierro. Os envío un ejemplar de la una y de la otra, y quedo

Señor

Vuestro muy —humilde y muy— obediente servidor,

DIEGO CASTAÑEDA.

SEGUNDA CARTA

Señor,

Tengo quince años y medio, y mamá no quiere que yo lea novelas o dramas románticos. En fin, se me prohíbe todo lo que hay de horrible y divertido. Se pretende que esto ensucia la imaginación de un joven. Yo no lo creo, y, como la biblioteca de papá siempre se me franquea, leo lo más que puedo de obras parecidas. Usted no alcanza a imaginar el placer que se experimenta leyendo a media noche en su cama un libro prohibido. Desgraciadamente la biblioteca de papá está agotada, y no sé qué voy a hacer. ¿No podría usted, señor, usted que escribe libros tan encantadores, componerme un pequeño drama o una pequeña novela bien negra, bien terrible, con muchos crímenes y amor a la lord Byron? Le quedaría infinitamente obligado, y le prometo hacer su elogio entre todos mis amigos.

Quedo del señor, etc.

Z.O.

P.S. —Mucho me agradecería que terminara mal, sobre todo que la heroína muriera infelizmente.

2a. P. S. —Si le da igual, me gustaría que el héroe se llamara Alfonso. ¡Es un nombre tan encantador!

LA FAMILIA DE CARVAJAL

DRAMA

PERSONAJES:

Don JOSE DE CARVAJAL	El cacique GUAZIMBO
Doña AGUSTINA, su esposa	INGOL, su hijo
Doña CATALINA, su hija	El Capellán de don José
Don ALFONSO PIMENTEL, amante de doña Catalina	MUÑOZ, antiguo filibustero Españoles, indios, negros, etc.

La escena ocurre en una provincia poco habitada del reino de la Nueva Granada, en 16...

ESCENA PRIMERA

Un salón en una habitación aislada. Sobre el frente de la escena, una mesa con candelabros, y una bandeja provista de todo lo necesario para tomar el mate o hierba del Paraguay (1).

DON JOSE DE CARVAJAL. DOÑA AGUSTINA, DOÑA CATALINA,
MUÑOZ, NEGROS, ESCLAVOS.

DON JOSE (a Muñoz): —¿Enseguida?

MUÑOZ: —Enseguida, monseñor, ved que esto no basta para hacerle hablar, le he dado tres buenas vueltas de cuerda.

DOÑA CATALINA (tapándose las orejas): —¡Todavía!

DON JOSE (a Muñoz): —¿Y el tunante no ha dicho nada a pesar de esto?

MUÑOZ: —Y lo he tratado bien...

DOÑA CATALINA: —¡Oh! Es mucho hablar de suplicios... ¡Muñoz, callaos!

DON JOSE: —Y bien. ¿La señorita es aquí aparentemente la dómine? ¿No puedo, pues, interrogar a mis gentes sin tu consentimiento, pequeña malvada?

(Le acaricia el mentón con la mano)

DOÑA CATALINA (se levanta): —Hablad libremente de vuestras torturas, yo me voy.

DON JOSE: —No, quiero que te quedes.

DOÑA AGUSTINA: —Amigo mío, sin embargo, Catalina...

DON JOSE: —¡Qué! ¿Es preciso aun que además de vuestro quehacer ordinario, os entrometáis entre mi hija y yo? Catalina, quédate, yo lo quiero. No hay que ser tan sensible. Sólo se trata de un negro... No se dirá que... (a los negros): Impedidla salir. Quiero que te quedes aquí. ¡Que carácter! (Doña Catalina quiere abalanzarse hacia la puerta, pero los negros se le colocan por delante; entonces ella va al lado de la escena que está más alejado de don José, y se sienta, con los brazos cruzados. (Aparte): Me gusta verla así. ¡Qué bella es cuando el despecho le sube los colores! ¡Cómo se agita su seno! ¡Qué ojos, tan llenos de rabia! Es hermosa como una joven tigresa. —Y bien, Muñoz, ¿decíamos...?)

(Doña Catalina se pone a recitar en voz alta el *Ave María*, durante todo el tiempo en que su padre y Muñoz hablan juntos).

MUÑOZ: —Le he pedido que me denuncie a sus cómplices, porque uno solo no envenena así como así a doce negros, pero él aprieta los dientes como un lagarto muerto y no dice nada.

DON JOSE (mirando a su hija): —¡Qué cabeza! (a Muñoz) —Es que tú lo mimas, Muñoz, eres demasiado dulce.

MUÑOZ: —¡Por el cuerpo de Cristo! Sois injusto, monseñor. He hecho lo mejor: es lo más que puedo decir. Pero un negro tiene la piel más dura que un caimán.

DON JOSE (mirando a su hija, a media voz): —¡Qué bella es! (a Muñoz): —¿En fin?

MUÑOZ: —En fin, monseñor, no pudiendo sacar nada, lo he tirado en el calabozo, la pierna entre una buena canga (2) bien pesada, y mañana, si lo juzgáis a propósito, lo quemaremos vivo delante de la habitación. A los envenenadores se les quema de ordinario; pero si vos preferís...

DON JOSE (con aire distraído): —Bien... pero, Muñoz...

MUÑOZ: —¿Monseñor...?

DON JOSE (a doña Agustina): —Id con vuestra hija, señora; no me gusta tener espías a mi alrededor, dejadnos. (A Muñoz, más bajo): —¿No me hablas de don Alonso de Pimentel? ¿Cómo ha tomado el rechazo que le dí? ¿Han averiguado algo tus espías?

MUÑOZ: —Monseñor, esto es lo que yo sé. Primero, él le ha dicho a uno de sus domésticos: “Martín” (así se llama), “¿tienes corazón? Pronto tendré necesidad de ti”. Lo que, en mi opinión, indica...

DON JOSE: —No tengo necesidad de tus observaciones. ¿Enseguida?

MUÑOZ: —Le ha dicho al jesuíta que sabéis, y quien está encargado de sondearlo: “Don José de Carvajal me rehúsa a su hija; pero ella será mía, no importa cómo”.

DON JOSE: —Lo veremos.

MUÑOZ: —Desde hace algún tiempo don Alonso va a visitar con más frecuencia al viejo cacique Guazimbo, y él envía sus cazas por nuestros alrededores, siempre en compañía de ese bobo que llaman Ingol, el hijo del cacique.

DON JOSE: —¿En nuestros alrededores?

MUÑOZ: —Sí, monseñor, cerca de vuestra habitación. Noche y día se ve a los indios merodear por aquí. Tienen el aire de examinar la altura de los muros. No más ayer encontré a Ingol que hacía una marca con su lanza. Estaba alrededor del muro. Lo había medido, estoy seguro. Semejante canalla merecería que se le recibiera con un arcabuzazo.

DON JOSE (después de un silencio): —¡Bueno!... Eso está bien... Estoy contento... Puedes retirarte. (Volviendo a llamarlo) ¡Muñoz!

MUÑOZ (regresando): —¿Monseñor?

DON JOSE: —Muñoz, esto no puede durar así.

MUÑOZ: —No, monseñor.

DON JOSE: —Y cuento contigo, Muñoz.

MUÑOZ: —Sí, monseñor.

DON JOSE: —Es necesario que yo sepa cuándo va a ir él donde su amigo el cacique.

MUÑOZ: —Yo lo sabré.

DON JOSE: —En la montaña, por el camino de Tucamba, hay un desfiladero entre los peñascos, todo rodeado de tupidas malezas...

MUÑOZ: —Sí, monseñor, yo he señalado bien el sitio y me he dicho para mí mismo: “Un hombre que se emboscara allí una tarde con un buen arcabuz...”.

DON JOSE: —Bien... Nos veremos mañana. Vete.

(Sale Muñoz).

DOÑA CATALINA (viéndole salir): —¡Al fin!

DON JOSE (llamándola): —¡Catalina!

DOÑA AGUSTINA: —Tu padre te llama.

DON JOSE: —¡Catalina!

DOÑA AGUSTINA (en voz baja a su hija): —Ve rápido, no lo irrites.

DON JOSE (levantándose): —¿Vas a venir, picona?

DOÑA CATALINA: —¿Qué queréis?

DON JOSE (remedándola): —¿Qué queréis?... Deja ese aire trágico y siéntate en esta mesa. Vamos, niña, sea la paz. Dame tu manita, Catuja. Se justa; ¿no era indispensable que yo hiciera castigar a un bribón que me ha envenenado a doce negros y me ha hecho perder más de tres mil piastras?

DOÑA CATALINA: —Sois el amo aquí.

DOÑA AGUSTINA: ¿Puedo tomar el mate con vos?

DON JOSE (a doña Catalina): —¡Oh! ¡Qué cabecita tan terca! Jamás dirá: me he equivocado. —Vamos, abrázame, picarona; yo lo quiero.

DOÑA CATALINA (rechazándolo dulcemente) : —¡ Bueno! ¡ Bueno!, no estamos disgustados, ¿para que abrazarnos? —Mamá, mi padre os espera para tomar el mate que acabáis de hacer. (Todos se acercan a la mesa).

DON JOSE: —Catalina, es preciso que me abrases.

DOÑA CATALINA: —No, no, vuestros mostachos y vuestra barba me picarían.

DON JOSE: —Si, te comprendo. Mis mostachos negros te disgustan. Te gustaría más sentir sobre tus mejillas los mostachos rubios de ese mequetrefe de Alonso... Y bien, mírenla como se ha puesto de colorada. Se podría encender una pajuela en sus mejillas.

DOÑA AGUSTINA: —Amigo mío...

DON JOSE: —¿Quién diablos os interroga? ¿No sabríais callaros un momento? —Y tú, Catalina, ese enrojecimiento tan repentino exige una explicación. ¿Qué tienes que decirnos?

DOÑA CATALINA: —Nada.

DON JOSE: —Yo sé que tú lo amas... lo sé, hija ingrata; ¡atrévete a negarlo!

DOÑA CATALINA: —Sí, lo amo.

DON JOSE (levantándose furioso) : —¡Lo amas! ¡Y eres osada en decírmelo!

DOÑA CATALINA: —Vos lo sabéis.

DOÑA AGUSTINA: —¡Hija mía!

DON JOSE: —Don Alonso, un miserable capitán de infantería... de baja extracción... ¡un gracioso!

DOÑA CATALINA (emotiva) : —¡Eso es falso! Su familia es tan noble... más noble que la nuestra.

DON JOSE: ¡Insolente! ¿Es así como osas hablarme?

DOÑA AGUSTINA: —¡En el nombre de Dios!

DON JOSE: —¿Callaréis? ¡Con mil truenos! (a Catalina) : Osar darle un mentís a su... Osar decirme: ¡esto es falso!

DOÑA CATALINA: —Cometí un error, olvidé que le hablaba a mi padre... Soy culpable... Pero, se me ha educado tan mal... No sé nada. Se me ha tenido sumida en la ignorancia... Se ha esperado que fuera siempre una niña... que yo fuera... ¡Oh Dios mío, ayudadme!

(Llora).

DON JOSE: —Excusáis vuestra insolencia con otra insolencia.

DOÑA CATALINA: —No sé lo que digo... Debo salir... estoy trastornada... Pero no puedo soportar que se insulte a mi amante (3).

DON JOSE: —¡Tu amante! ¿Así que te has prostituido a don Alonso? ¿Lo confiesas?

DOÑA AGUSTINA: —Virgen Santa, ¿qué dice él?

DON JOSE: —Responderás.

DOÑA CATALINA (levanta orgullosamente la cabeza): No os entiendo.

DON JOSE: —Sí, tú eres una ignorante, ¿no es cierto? Y, sin embargo, la inocente ya sabe hacer el amor.

DOÑA CATALINA: —Yo querría ser la mujer de don Alonso, y jamás lo seré sino de él.

DON JOSE: —¡No sé qué es lo que me detiene...!

DOÑA AGUSTINA: —Hija mía, mi querida Catuja, no irrites a tu padre.

DON JOSE (paseándose a pasos largos): —¡Muy bien, señorita, muy bien! —Ahora veo qué clase de serpiente he alimentado a mi lado... Sois un monstruo... Pero en cuanto a ese que llamáis vuestro amante... jamás os tendrá... os respondo de ello... Que se presente delante de esta casa, que ensaye hablaros, raptaros...

DOÑA CATALINA (a media voz): —Don Alonso es un caballero castellano.

DON JOSE: —¿Y qué con eso?

DOÑA CATALINA: —El no teme a la muerte cuando se trata de algo en que su fe está empeñada.

DON JOSE (sacando su daga): —¡No sufriré que tú seas la deshonra de mi casa!

DOÑA AGUSTINA: —¡Deteneos, deteneos en el nombre de nuestro salvador!

DOÑA CATALINA: —¡Matadme! ¡Prefiero morir a vivir de este modo!

DON JOSE: —¡Corazón de bronce!... Hija desnaturalizada! (Tira su daga y recorre la cámara de aquí para allá como un delirante)... El infierno arde en mi corazón... ¡Soy el más desgraciado de los hombres!... Todos me odian... Qui-

sierais todos verme muerto, ¿no es verdad? (A media voz) Oh, Satán, Satán! Dadme solamente un mes de felicidad y después llevadme con vos! (Se pasea durante un rato en silencio. A un negro): Recoged esa daga y dádmela. (Se acerca a Catalina) ¡Muere, hija ingrata! (Coloca ligeramente el puñal sobre su cuello, y lo retira de inmediato, sin contener una carcajada). ¿Y bien? Tuviste miedo.

DOÑA CATALINA: —Vos me espantáis algunas veces más.

DON JOSE: —Sí... tuviste miedo, reconócelo... Pero, ¡cómo!... Tontita, ¿no has caído en cuenta que yo no quería sino asustarte un poco?... Era una guasa.

DOÑA AGUSTINA: —¡Cómo! ¡Jesús!... ¡una guasa!... Ah, mi querido esposo, pensad en el mal que podéis causarle a una mujer con esto que vos llamáis una guasa.

(Don José se encoge de hombros. Gran silencio).

DON JOSE: —Este mate está detestable. Como que lo hubiera hecho mi mujer.

DOÑA CATALINA (a doña Agustina): —Esta es otra guasa.

DOÑA AGUSTINA: —Amigo mío, y sin embargo puse todo el cuidado.

DON JOSE: —Basta que vos metáis la mano para que todo se eche a perder. Ahora que estáis vieja deberíais por lo menos preparar bien el mate. Sois buena para nada.

DOÑA AGUSTINA: —Amigo mío, sois el único que ha dicho jamás algo parecido; pero habéis aguardado tan largo rato que vuestro mate se ha enfriado.

DON JOSE: —¡Vamos! ¡Vamos!, es demasiado. ¡Siempre chocha! Qué aburrido es tener una mujer que os aventaja en diez años.

DOÑA AGUSTINA (con lágrimas en los ojos): —Sí, tengo algunos años más que vos, pero no tantos como afirmáis, don José.

DOÑA CATALINA: —Mamita querida (la abraza).

DON JOSE: —Todos envejecemos... Quizá no tendréis que soportar por mucho tiempo mi mal humor... hum! (silencio).

DOÑA AGUSTINA: —Espero que os conservaremos todavía mucho tiempo.

DON JOSE: —Catalina... ¿me amarás, pues, si te doy a este don Alonso?... Si él es noble, como dices... tal vez...

DOÑA CATALINA: —¿Tal vez?

DON JOSE: —¿Cómo abre los ojos! —Sí, querría verte feliz... Un día, tal vez... Pero, de aquí a entonces, don Alonso se romperá el cuello en la caza.

DOÑA CATALINA: —¿Sonreís?

DON JOSE: —Sí. Tú sabes que Alonso es un gran cazador... Pasa su vida en las montañas, en medio de los precipicios... Muy bien podría romperse el cuello.

DOÑA CATALINA: —Comprendo vuestra sonrisa; pero no pierdo del todo la esperanza; Nuestra Señora de Chiquinquirá (5) tendrá piedad de mí.

DON JOSE: —De día en día os volvéis más impertinente, a pesar de vuestra pretendida devoción. Por lo demás, bien pronto lo veremos.

DOÑA CATALINA: —Mi única esperanza está en Dios.

DON JOSE: —Sí, rogadle, Catalina, rogadle, así como vuestra madre, que os libre de un tirano, que os desembarace...

DOÑA CATALINA: —Ruego a Dios todos los días que se sirva ablandar el corazón de mi padre.

DON JOSE (levantándose): —¡Dios!... El cielo no hace caso de una hija que le pide la muerte de su padre. Os conozco... Tened cuidado y no me empujéis al extremo...! A los que se opusieren a mi voluntad los aplastaré bajo mis pies como quiebro este vaso (arroja con fuerza una porcelana contra el piso). ¡Que hagan venir a Muñoz! (sale).

DOÑA AGUSTINA: —¡Ay! Mi bella azucarera rota en mil pedazos; pero, Catalina, ¿por qué le hablas con tan poca prudencia a tu padre? Sabes cómo es de violento, y lo irritas siempre. ¡Dios! ¡Cuánto me habéis asustado los dos! ¡Anda!, eres el vivo retrato de tu padre, tan testaruda e irascible como él— (bajito), pero, se nos escucha, hija mía. Si estos negros permanecen aquí, no podremos conversar.

DOÑA CATALINA (a los negros): —Salid. (Los negros salen).

DOÑA AGUSTINA: —¡Qué bien sabe ella hacerse obedecer! Jamás habría yo osado hablarles con esa voz. Ah, Catuja, si tú fueras un hombre, darías tanto que hablar como los conquistadores de este país.

DOÑA CATALINA: —Plugue al cielo que yo fuera un hombre.

DOÑA AGUSTINA: —Por ejemplo, ¿para qué decirle a don José que tú amas al capitán de Pimentel? Bien sé que a tu edad se mira a los jóvenes, pero no se habla de ello. He notado que tu padre se irrita siempre que se trata del asunto de tu matrimonio. Como te ama mucho, le abrumba la pena de perderte.

DOÑA CATALINA: —¡El me ama mucho! ¡Jesús!

DOÑA AGUSTINA: —Sí, pese a sus brusquedades, me doy cuenta que no te ama sino a tí. Con un poco de dulzura, conseguirías lo que quisieras; pero tú le desafías siempre. El es colérico como tú, arrebatado... Tú no tienes cuidado. Prométeme, mi Catalina, que vas a ir a buscarlo a su cuarto.

DOÑA CATALINA: —¡Yo!

DOÑA AGUSTINA: —Y que le diras: “Padre mío, es verdad que amo a don Alonso, pero os amo a vos todavía más...”.

DOÑA CATALINA (con arrebatos): —No diré lo que no es cierto, yo no sé mentir.

DOÑA AGUSTINA: —Ah, niña mía, una hija debe amar siempre a su padre, lo dicen las Escrituras. Y piensa, además, querida mía, cuánto te ama él.

DOÑA CATALINA (impetuosamente): —El me ama mucho más de lo que pensáis.

DOÑA AGUSTINA: —Oh, no me mires de esa forma, hija mía. Me parece que veo a tu padre.

DOÑA CATALINA (tomándole la mano): —Así, ¿tenéis miedo de este hombre?

DOÑA AGUSTINA: —¡De este hombre!

DOÑA CATALINA: —No podemos vivir más tiempo bajo el mismo techo que él. Es preciso que ambas abandonemos esta morada. Yo quiero ser libre; quiero que vos seáis libre también.

DOÑA AGUSTINA: —¡Dejar esta casa! Y mi marido, buen Dios, ¿qué diría él si nos atrevemos?

DOÑA CATALINA: —¡Respondedme, madre! ¿Podéis vivir aquí? Esta casa, ¿no es un infierno para vos? Y para mí... ¡Virgen Santa!

DOÑA AGUSTINA: —Es verdad que, si te supiera bien casada, bien establecida, entraría de buena gana en un claustro, cuyas reglas no fueran demasiado severas. Al menos, es lo que haría si don José tuviera a bien permitírmelo.

DOÑA CATALINA: —No iréis a ningún claustro, me seguiréis con una familia donde me esperan el descanso y la felicidad que no pueden existir aquí.

DOÑA AGUSTINA: —Tú me asustas, mi querida niña. Explícate. ¿Querías que te raptaran?

DOÑA CATALINA: —Sí, se me raptará de la vergüenza, de la infamia. Un amigo que el cielo me ha enviado en mi miseria, un hombre que jamás ha falseado su palabra, me ha jurado que dentro de poco seré libre. Yo espero a este amigo.

DOÑA AGUSTINA: —¿Don Alonso!... Pero esto es espantoso, niña desgraciada... ¡Y tu padre...!

DOÑA CATALINA: —Mi padre no me ha dejado la elección de tomar un partido. Debo escoger entre salvarme o perder mi alma. Madre mía, yo os conjuro, seguidme.

DOÑA AGUSTINA: —¿Dónde quieres refugiarte?

DOÑA CATALINA: —Encontraremos un asilo donde el cacique Guazimbo.

DOÑA AGUSTINA: —¿Entre los indios? ¡Dulce Jesús! ¿Entre esos enemigos de Dios?

DOÑA CATALINA: —Son mejores cristianos que vuestro marido, y, para salir de esta casa, yo huiré, si es necesario, a las sabanas, hasta la guarida del tigre. Ningún peligro me detendrá. Vos tampoco debéis quedaros; él os matará si yo escapo.

DOÑA AGUSTINA (muy asombrada): —¿Quién? ¿El cacique?

DOÑA CATALINA: —Me seguiréis, es preciso. Juradme que me seguiréis.

DOÑA AGUSTINA: —Pero...

DOÑA CATALINA: —¿Queréis haceros cómplice de un crimen horrible?

DOÑA AGUSTINA: —¡Jesús! Me haces temblar.

DOÑA CATALINA: —¿Queréis precipitar a vuestro marido en el infierno? ¿Queréis condenarme, también a mí?

DOÑA AGUSTINA: —Mi pobre hija ha perdido la razón. ¡Ay! ¡Qué desgraciada soy!

DOÑA CATALINA: —¿Estáis, pues, ciega? Hay que escoger. ¿Debo huir o debo convertirme en la concubina de mi padre?

DOÑA AGUSTINA: —¡Santa María!... ¿Qué estás diciendo?

DOÑA CATALINA: —Sí, mi padre *me ama*. Mi padre *ama* a su hija. ¿Ahora, os sentís con ánimo para acompañarme en mi fuga?

DOÑA AGUSTINA: —Pero... ¿estáis segura, hija mía?

DOÑA CATALINA (con una sonrisa amarga): —¿Cree-
ría una hija culpable a su padre por una simple sospecha?

DOÑA AGUSTINA: —¡Dulce Salvador! Jamás osaría permanecer sola con él... Pero... Ah... ¡Jesús! ¡María! ¡Qué historia!

DOÑA CATALINA: —Extended la mano sobre este crucifijo. Juradme que jamás don Alonso, que jamás nadie en el mundo sabrá nada del horrible secreto que acabo de confiaros.

DOÑA AGUSTINA: —Lo juro... ¡Ah, Dios mío!

DOÑA CATALINA: ¡Y bien!, madre mía, esta misma noche, en una hora, Alonso vendrá a buscarnos.

DOÑA AGUSTINA: —¡Esta noche! Me siento desfallecer.

DOÑA CATALINA (mirando por la ventana): —La cruz va a inclinarse (4). Pronto será medianoche. Cuando escuchemos el rugido de un tigre, nuestros amigos estarán allá. Habrá que descender al jardín.

DOÑA AGUSTINA: —Pero todas las puertas estarán cerradas.

DOÑA CATALINA: —Ellos traerán una escala de cuerda, y de la ventana de mi cámara yo les arrojaré un lazo para alzarla.

DOÑA AGUSTINA: —¡Y habrá que bajar hasta allá!

DOÑA CATALINA: —Saltaría desde lo alto de una torre para ser libre.

DOÑA AGUSTINA: —¡Mi dulce Jesús, dame valor!... ¿Estás segura de que tu padre se ha acostado?

DOÑA CATALINA: —Debe estarlo ahora. Venid a mi cámara. El tiempo apremia.

DOÑA AGUSTINA: —¡Señor, tened piedad de nosotros! Santa Agata, Santa Teresa, rogad por mí. (Salen).

ESCENA II

(Un gabinete con instrumentos de alquimia. Don José y Muñoz, hacia el fondo, soplan un horno).

DON JOSE: —Añade aún algo de plata derretida a la mezcla, y, si la ves que adquiere este color amarillo que buscamos desde hace tanto, me llamarás (se pasea sobre el frente de la escena). Por lo demás, poco me importa ahora. Hubo un tiempo en que me interesaba por estas experiencias. Hoy, si encontrara la piedra filosofal, no sería feliz. Todo me aburre... Ella me odia. Aun cuando yo no fuera su padre y tuviera diez años menos... ella no sentiría por mí sino aversión... Alonso morirá. ¿Me amará ella, muerto él?... ¿Qué importa?... Si ella nació para hacerme infeliz, que sea infeliz ella también. Somos dos locos en conflicto; yo quiero ser el más fuerte... Sí, ¿por qué no he de satisfacer la pasión más violenta que jamás he sentido, yo, que jamás he conocido leyes distintas a mis deseos? Sin embargo... ¡Bien!... un crimen más, he ahí todo. ¿No está colmada la medida? Filibustero desde pequeño, después jefe de rebeldes, amnistiado por una traición, dueño de un dominio adquirido por la violencia..., ¿puedo esperar misericordia de ese Dios que llaman justo?... Si me alejo de Catalina, no por esto modificaré mi conducta. Yo no sé lo que es arrepentirse... ¡Soy un *hombre*! ¿Qué? Hacer penitencia... ¡Yo!..., arrodillarme delante de los imbéciles de sotana... recitar oraciones... ¡Oh, no! Su paraíso no está hecho para mí... Sin embargo... malditas ideas de la niñez... Creo que lo que dicen es verdad... Creo... pero no puedo obrar como ellos... Mi sangre es más caliente que la suya... Yo estoy hecho de otra fibra... Así que... este ser tan justo me ha creado para la condenación... ¡Sea!... ¡Pero hay que ser felices aquí!

MUÑOZ (avanzando): —Monseñor, todo se evapora. En un momento no quedará sino la retorta.

DON JOSE: —Raymundo Lulle es un idiota, y nosotros somos más idiotas que él por creer en sus recetas para fabricar el oro. Apaga el fuego y ve a acostarte, no sin antes hacer tu ronda.

MUÑOZ: —Confiad en mí.

DON JOSE (mirando por la ranura): —¿Quién es ese vestido de negro que atraviesa la sala grande?

MUÑOZ (sonriendo): —¡Ah! monseñor, es vuestro capellán que acaba de confesar al negro Viernes, porque mañana se le quemará. No es extraño que no conozcáis la figura de vuestro capellán, porque tenéis demasiado espíritu para creer en todas las historias que nos cuentan estos hipócritas.

DON JOSE: —En efecto, ese hombre llegó aquí hace dos meses. Ahora lo reconozco.

MUÑOZ: —Lo hizo venir la señora: eso es bueno para las mujeres.

DON JOSE (después de un silencio): —Quiero hablarle, hacedle venir.

MUÑOZ (asombrado): —¿Al capellán?

DON JOSE: —No me gusta repetir una orden (sale Muñoz). Nunca le he hablado... Veamos qué hay que hacer. Aquí está.

El capellán entra deshaciéndose en grandes reverencias. Don José lo mira fijamente.

DON JOSE (aparte): —No me gusta su figura. Este hombre es un ruin, estoy seguro. (En alto): Muñoz, dejadnos... Aproximaos y sentaos.

CAPELLAN: —Después de vos, monseñor.

DON JOSE: —¡Diantre!... Me sentaría si no me gustara más estar de pie... Sentaos. ¿Cómo os llamáis?

(El capellán se sienta y don José se pasea de cuando en cuando).

EL CAPELLAN: —Bernal Sacedon, para servir a vuestra señoría.

DON JOSE (después de un silencio): —Sois piadoso. ¿No es verdad? ¿Sentís la devoción?

CAPELLAN (asombrado): ¡Monseñor!

DON JOSE: —Habéis leído las escrituras, ¿no? Yo también, cuando permanecí en cama a causa de una herida; pero que me lleve el diablo si entendí alguna cosa.

EL CAPELLAN (persignándose): —¡Monseñor!

DON JOSE: —No tengáis miedo, no os comeré. Decidme, ¿habéis confesado alguna vez a grandes criminales?

CAPELLAN: —Ay, sí, monseñor.

DON JOSE: —¿Y les habéis dado la absolución?

CAPELLAN: —Cuando estaban arrepentidos, monseñor.

DON JOSE: —¿Arrepentirse?... ¿Vosotros llamáis a eso la contrición, creo?

CAPELLAN: —Monseñor, hay que distinguir entre la atrición y la contrición...

DON JOSE: —No se trata de eso. Escuchadme: ¿arrepentirse abre las puertas del cielo?

CAPELLAN: —Sí, monseñor, con tal que...

DON JOSE: —Ahora bien, hablad francamente... ¿Me miráis como a un gran criminal, no es cierto?

CAPELLAN: —¡Monseñor!

DON JOSE: —Dejad a un lado vuestro monseñor, y no abriguéis ningún temor. Habladme como a vuestro igual. Suponed, si gustáis, que yo me confiese con vos. ¿Y bien?

CAPELLAN: —En primer lugar, monseñor, si os confesáis...

DON JOSE (golpeando con el pie): —Responded: sí o no.

CAPELLAN: —Sí, monseñor... es decir, no... (aparte) Yo tiemblo...

DON JOSE (paseándose): —¡Imbéciles! No pueden comprenderme. En fin, ¿qué debo hacer para arrepentirme y ganar el cielo? ¿Cómo debería yo comportarme para demostrar a Dios que estoy arrepentido? Poco me importa el rigor de la penitencia. Una medicina violenta que me ponga en forma de una vez, es lo que necesito.

CAPELLAN (horrorizado): —Primero, monseñor, sabéis mejor que nadie lo que os conviene. Ciertamente todo lo que haga vuestra señoría estará bien hecho... Pero, si a un hombre de tan cortos alcances como yo le está permitido darle algunos consejos a vuestra señoría... me atrevería a señalarle que nada agrada tanto a Dios como las fundaciones religiosas. Si os complace, monseñor, mandar a construir en alguna parte, sobre vuestras tierras, una encantadora capillita con una casita para el párroco, que al mismo tiempo podría seros útil aquí... quiero decir, que podría...

DON JOSE (que lo ha escuchado con distracción): —¿Vosotros, monjes, es que jamás sentís pasiones violentas que os trastornen el corazón? ¿Cómo hacéis para expulsarlas de vuestro espíritu?

CAPELLAN: —Nosotros oramos, monseñor.

DON JOSE (con desprecio) : —No podremos entendernos. Retiraos. (El capellán sale, saludando con respeto). Oraciones, oraciones... eso es todo para ellos. Si me hubiera hablado de combatir sin armas a un tigre, le hubiera creído... lo habría abrazado... Pero no, yo no puedo rezar como una mujer.

MUÑOZ (entrando) : —Monseñor, hay hombres en los naranjales. Es seguro, mi perro gruñe y rasguña la puerta que cae hacia este lado.

DON JOSE: —El viene a ofrecérsenos. Que mis domésticos se armen, y, sobre todo, que no se haga el menor ruido antes que el enemigo haya entrado. Venid. (Salen).

ESCENA III

(La habitación de doña Catalina)

DOÑA AGUSTINA, DOÑA CATALINA

DOÑA CATALINA: —No pueden tardar. Un caballo ha relinchado en la montaña. El viene con sus amigos los indios.

DOÑA AGUSTINA: —Mi corazón late con violencia... Desde hace dos horas no sé de mí... Quisiera llevar algún vestuario y no puedo determinarme a escoger entre mis batas... Mi pobre cabeza está tan perturbada, yo estoy ciega... no veo nada más...

DOÑA CATALINA: —Yo llevo únicamente esta reliquia, y estas perlas para la mujer del cacique.

DOÑA AGUSTINA: —¡Cómo! Tus bellas perlas de Cumaná para una pielroja! ¿Has pensado en eso, hija mía? (Se oye un grito) ¡Jesús!

DOÑA CATALINA: —Aquí están. Alcemos esta luz, es la señal convenida (se escuchan algunos tiros de arcabuz).

DOÑA AGUSTINA: —Estamos perdidas... Vienen contra nosotras... Estos demonios rojos nos van a matar. Hija mía, no permanezcas en la ventana, podría llegar una bala perdida. Escondámonos debajo de la cama.

DOÑA CATALINA (en la ventana): ¿Qué ocurrirá en medio de los gritos y del tumulto...? No sé quién lleva la ventaja... ¡Cómo quisiera estar en ese jardín, a su lado, para sostenerlo, para recibirlo en mis brazos si es herido!... Esta ventana no es demasiado alta, yo puedo...

(Pone el pie sobre la ventana).

DOÑA AGUSTINA (corriendo hacia ella y reteniéndola):
—¡Desgraciada! ¿Qué vas a hacer? ¡Te matarás!

DOÑA CATALINA: —¡Dejadme!

DOÑA AGUSTINA: —No, no, tú no saltarás por la ventana, a menos que quieras arrastrarme contigo. ¡Socorro! ¡Socorro!

DOÑA CATALINA: —Se retiran. Ese arcabuzazo fue disparado sobre la montaña. Si han podido llegar a sus caballos, estarán salvados. (Se sienta y cruza los brazos, con aire resignado). ¡Dios lo quiso! ¿Qué será de mí? Hice lo que estaba a mi alcance. No tengo nada que reprocharme y aguardo con valor el infortunio.

DOÑA AGUSTINA: —Ya no disparan. Loado sea Dios. Pero... ¿Cuántos hay muertos? Esto es estremecedor.

DOÑA CATALINA (yendo hacia la ventana): —Pienso que se han salvado. ¡Chit! ¿No escucháis como un galope lejano?

DOÑA AGUSTINA: —Sí, escucho el ruido que hacen los hierros de sus caballos; pero se aleja más a cada instante.

DOÑA CATALINA: —Están a salvo.

(Entra don José con un arcabuz en la mano)

DON JOSE: —¿Levantada a esta hora? Y vos, señora, ¿qué hacéis aquí?

DOÑA AGUSTINA: —Amigo mío, señor... me he asustado de tal manera... que...

DON JOSE: —Vinieron los ladrones. Pero, gracias a Dios, todo ha terminado, y no regresarán. Los matamos a todos. Catalina, me miras con tus grandes ojos furibundos. ¿Conoces a estos ladrones? ¿No respondes? ¿Quieres ver sus cadáveres? Yo te los voy a mostrar. Hay, entre ellos, el de un bello mancebo.

DOÑA CATALINA (dando un paso hacia la puerta):
¡Vamos!

DON JOSE (haciendo lo mismo): —Sí, vamos (se detiene). No es un espectáculo para una mujer. Te causaría una emoción demasiado fuerte. ¿De qué te sonríes?

DOÑA CATALINA (bajando su réplica): —Loado sea Dios; él está a salvo.

DON JOSE (aparte): —Adivinó justo, este demonio de mujer. El se me escapó, pero Muñoz me responderá mañana por él. (Alto): Catalina, tú no puedes permanecer en esta habitación. No te acostarás aquí esta noche. Es demasiado expuesto.

DOÑA CATALINA: —Es la más tranquila de la casa... (bajo) y hay cerrojos en el interior.

DON JOSE: —¡Cerrojos! Sin duda habrá que ponerlos. Mientras se te prepara otra habitación, te acostarás en la de doña Agustina.

DOÑA CATALINA: —Os lo agradezco. Buenas noches. Venid, madre mía (sale con doña Agustina).

DON JOSE: —¡Lo sabe todo! ¡Me ha adivinado!... Me desafía... Ella será mía, o moriré. (Salen).

ESCENA IV

La cabaña de un cacique

DON ALONSO, con un brazo en cabestrillo; EL CACIQUE GUAZIMBO

DON ALONSO: —Me devora la inquietud. Tengo que bajar a la llanura.

EL CACIQUE: —Tu herida apenas sana. Quédate y come el maíz del viejo cacique.

DON ALONSO: —¿Qué le habrá ocurrido a ella? ¿Quizá la habrá sacrificado a su furor? ¡Canalla!

EL CACIQUE: —Alonso ha salvado la vida del viejo cacique, y el viejo cacique le ha estrechado la mano. Tus enemigos son mis enemigos. Dirige mi flecha, mi mano tirará al blanco.

DON ALONSO: —Me avergüenza exponer a mis amigos en una guerra que solo tiene interés para mí. Sin embargo...

EL CACIQUE: —¿No ha derramado el jefe blanco la sangre de mi tribu? ¿No ha derramado la sangre de mi amigo?

DON ALONSO: —Quiero reunir a mis amigos y a sus gentes. Si tú quieres juntar tus guerreros a los míos, en poco tiempo yo vendré a sentarme contigo en el festín de la guerra.

EL CACIQUE: —La flecha roja llamará a mis guerreros. (5).

DON ALONSO: —Y bien, antes de ocho días nos encontraremos aquí. (Se estrechan la mano. Entra Ingol llevando un gamo muerto).

INGOL: —¿A dónde va mi hermano?

DON ALONSO: —A la llanura. A buscar a mis amigos para vengarme del jefe blanco.

INGOL: —¿Por qué camino bajará mi hermano hacia la llanura?

DON ALONSO: —Por el camino de Tucamba. ¿Por qué esta pregunta?

INGOL: —Hay en este camino un perro que podría morderte. Un indio Tamanaco lo ha visto y me lo ha dicho.

DON ALONSO: —¿Qué quieres decir?

INGOL: —El tamanaco tenía ojos para ver: Alonso e Ingol tienen lanzas y mosquetes para matar a sus enemigos.

EL CACIQUE: —Aplastad con una piedra la cabeza de la serpiente y su veneno dejará de ser temible.

DON ALONSO: —Así que don José apostó gentes para asesinarme.

INGOL: —No volverá a verlas.

DON ALONSO: —Partamos. Ardo por encontrarlas (salen)

ESCENA V

El gabinete de don José

DON JOSE, DOÑA AGUSTINA

DOÑA AGUSTINA: —¿Me habéis hecho llamar, amigo mío?

DON JOSE: —Sí, acercaos.

DOÑA AGUSTINA: —Aquí estoy, lista a oír vuestras órdenes.

DON JOSE: —Más cerca. No tengo ganas de enronquecer a punta de gritos; sé que tenéis duro el oído.

DOÑA AGUSTINA: —Os escucho muy bien ahora. ¿Qué os place encomendarme?

DON JOSE: —¿Quizá recordáis, señora, la aventura de anoche?

DOÑA AGUSTINA: —Todavía estoy asustada.

DON JOSE: —¿No tenéis nada que explicarme al respecto?

DOÑA AGUSTINA (conturbada): —¡No!, señor... ¿qué podría yo decir?

DON JOSE: —¿Empalidecéis?

DOÑA AGUSTINA: —Tenéis una manera tan dura, es decir, tan imponente de interrogar... que...

DON JOSE: —Los ladrones han escalado los muros de mi jardín anoche...

DOÑA AGUSTINA (aparte): —Respiro. (Alto): Sí, amigo mío, eran ladrones.

DON JOSE: —No me gusta que se me interrumpa cuando hablo. Los ladrones se han introducido en mi casa... Decidme, ¿conocéis a los ladrones?

DOÑA AGUSTINA: —¡Yo!... ¡Jesús! ¡María! ¡Si los conozco! ¡No, ciertamente!

DON JOSE: —Mentís con impudicia. Yo he reconocido a estos supuestos ladrones. Vos los esperabais, lo sé... Nada de señales de la cruz, ni de esos remilgos que no me engañan. Yo creía tener mi honor a salvo al unirme a una mujer que no era ni joven, ni bonita. Me he equivocado. Mi mujer, con ser tan vieja, da citas por la noche. Espera a jóvenes caballeros, y le importa poco que sus amantes se conviertan en los asesinos de su marido.

DOÑA AGUSTINA: —Tan cierto como que soy vuestra mujer, tan cierto como que Dios...

DON JOSE: —No agreguéis la blasfemia al adulterio. Lo sé todo.

DOÑA AGUSTINA: —El cielo es testigo si alguna vez...

DON JOSE: —¡Callaos, pérfida! Vuestros cómplices lo han confesado todo. Don Alonso vino anoche para raptaros. Sé que es vuestro amante, tengo pruebas.

DOÑA AGUSTINA: —¡Oh, cielos... el... don Alonso...! ¡Ah!... Vos mismo no creéis lo que estáis diciendo.

DON JOSE: —¡Qué audacia! ¡Negarme la evidencia! No es tiempo de alardear de una fingida reserva. Os conozco al fin y veo toda la negrura de vuestra alma.

DOÑA AGUSTINA (retorciéndose las manos): —Don José, ¡mi querido marido!

DON JOSE (colocando la mano sobre su daga): —¡Y osas todavía llamarme por este nombre!...

DOÑA AGUSTINA: —Ah... piedad... piedad... en el nombre del Salvador. Os diré la verdad.

DON JOSE: —Hablad. Así que era por vos por quien venía don Alonso.

DOÑA AGUSTINA: —No, amigo mío... Pero bien sabéis que él está enamorado de nuestra hija, y probablemente... sin que ello sea seguro... él ha venido para verla.

DON JOSE: —¡Qué infame sois! No contenta con dar a tu hija un ejemplo criminal, quieres todavía manchar su reputación virginal con tus ruines calumnias.

DOÑA AGUSTINA: —Pongo por testigos al cielo y a esta imagen de Nuestra Señora de...

DON JOSE (sacando su daga): —Es demasiado sufrir tus blasfemias. Morirás.

DOÑA AGUSTINA: —¡Socorro! ¡Quiere matarme! ¡Socorro!

DON JOSE (cogiéndola por el brazo): —Confiesa tu crimen o vas a morir por mi mano.

DOÑA AGUSTINA: —¡Piedad, en nombre de Dios!

DON JOSE (amenazándola): —¿No quieres confesar?

DOÑA AGUSTINA: —Sea... lo confieso, don Alonso vino para raptarla... puesto que hay que decirlo.

DON JOSE: —Esta confesión os salva la vida; pero no es todo. Sentaos en este sillón, y responded francamente si apreciáis la vida. Sé que me traicionáis desde hace mucho, y que Catalina no es mi hija.

DOÑA AGUSTINA: —¡Cielo justo! ¡Catalina!

DON JOSE: —No, ella no es mi hija, y quiero saber quién es su padre.

DOÑA AGUSTINA: —Ah, Dios mío... ¿hay necesidad de endurecer esta cruz?

DON JOSE (amenazándola): —Responded, ¿quién es su padre?

DOÑA AGUSTINA: —¡Por piedad!

DON JOSE: —¿De modo que no queréis confesar?

DOÑA AGUSTINA: —Catalina es hija vuestra.

DON JOSE: —Ah, quieres morir (apoya ligeramente la punta de la daga sobre el seno de doña Agustina).

DOÑA AGUSTINA (gritando): —¡Ah, estoy muerta, él me ha matado!

DON JOSE: —¿Y bien? ¿Hablarás?

DOÑA AGUSTINA: —Mi sangre corre, estoy segura... Voy a morir.

DON JOSE (amenazando): —¡Muere, pues!

DOÑA AGUSTINA (de rodillas): —¡Perdón...! Confesaré lo que queráis, pero jurad que me dejaréis la vida.

DON JOSE: —Os doy mi palabra.

DOÑA AGUSTINA: —Jurádmelo por Nuestra Señora de Chiquinquirá (6).

DON JOSE: —¡Idos al diablo! Os he dado mi palabra. Vamos, hablad... ¿quién es el padre de Catalina?

DOÑA AGUSTINA (aparte): —¿Qué nombre le diré?

DON JOSE (viendo su confusión): —Don Diego Ricaurte era muy asiduo vuestro.

DOÑA AGUSTINA: —Y bien... es don Diego Ricaurte.

DON JOSE (jugando con su daga). Lo sabía. Sobre la mesa hay papel. Aproximáos y escribid.

DOÑA AGUSTINA: —¿Que escriba?

DON JOSE: —Sí, escribid lo que voy a dictaros, o esta daga se hundirá en vuestro corazón... Esto exijo de vos: quiero que le hagáis a vuestro confesor la confesión de vuestro crimen. Y después, como castigo, dejaréis mi casa y marcharéis a un convento.

DOÑA AGUSTINA (aparte): —¡Qué felicidad!

DON JOSE: —¡Escribid! Poned la fecha. Por lo menos debéis saber el día. Yo nunca sé de estas cosas. Escribid ahora: "Padre mío... mi reverendo padre, animada por el arrepentimiento, y resuelta a dejar este mundo, quiero descargar mi conciencia...".

DOÑA AGUSTINA: —¡Cielos! ¿Cómo puedo escribir...?

DON JOSE: —¿Queréis que os suministre tinta roja? Tal vez escribiríais mejor. ¿Lo habéis puesto? "Quiero descargar mi conciencia del fardo de un crimen que siempre os he ocultado. Yo he traicionado la fidelidad conyugal que le había jurado a don José, mi marido. He cometido adulterio con don Diego Uriarte...".

DOÑA AGUSTINA: —¿Uriarte?

DON JOSE (furioso): —¡Ricaurte! ¿Queréis burlaros de mí? Juro a Dios...

DOÑA AGUSTINA: —Yo no escribo sino lo que vos queráis...

DON JOSE: —Escribid: “El es el padre de una niña llamada Catalina, que lleva impropriamente el nombre de mi marido. Pido perdón a Dios y a los hombres por el escándalo que he dado, y del cual espero hacer penitencia en el retiro donde voy a esconder mi vergüenza. Ayudadme con vuestros consejos. Los espero con ansiedad”. ¿Habéis concluido? Firmad ahora.

DOÑA AGUSTINA: —¿Estáis satisfecho?

DON JOSE (después de leer la carta): —Mañana dejaréis mi casa y se os conducirá a un convento; pero si regáis el rumor de mi deshonra o si hacéis correr cualesquiera calumnias contra mí, pensadlo bien, mi venganza os perseguirá hasta el pie de los altares.

DOÑA AGUSTINA: —¿Puedo retirarme?

DON JOSE (mostrando una puerta lateral): —Hasta mañana, aquel será vuestro apartamento. No saldréis, si lo tenéis a bien.

DOÑA AGUSTINA: —¿Cómo? ¿No podré abrazar a mi pobre hija antes de partir?

DON JOSE: —No, la inocencia de esta niña no debe ser empañada por la suciedad de una mujer corrompida.

DOÑA AGUSTINA: —No pido sino abrazarla; no le diré una palabra, si lo exigís.

DON JOSE: —Veremos. Retiráos.

(Doña Agustina sale con él. Entra Muñoz, herido).

MUÑOZ: —¿Dónde está él, para contarle esta buena noticia? Le va a dar un acceso de ira. Vamos a escucharlas buenas. Con tal que no se desquite conmigo.

(Don José entra y cierra la puerta por la cual ha entrado).

DON JOSE: —¡Ah, ah! Bien, Muñoz, ¿estoy vengado?

MUÑOZ: —Ya podéis ver como me arreglaron.

DON JOSE: —Y don Alonso... ¿está muerto?

MUÑOZ: Ah, sí, sí, muy bien muerto... No sé cómo el miserable se enteró de la emboscada que le había tendido. Monseñor, es la posición más encantadora del mundo. Estábamos

los seis con el vientre en tierra, bien colocados, cada uno con su buen arcabuz, la oreja al acecho, contando los instantes y esperando a nuestro hombre. Estos demonios de indios han adivinado el asunto. Son muy finos los malditos, lo sabéis. Se han deslizado hasta nosotros, reptándose como serpientes que son, entre los matorrales y las rocas donde estábamos emboscados. No tuvimos tiempo de pensar en nada. Todo vino de un golpe, ¡paf!, un pistoletazo de don Alonso, acompañado de una lluvia de flechas... y cayeron sobre nosotros antes que hubiéramos tenido tiempo de levantarnos. Jacobo, el mulato, que estaba a mi lado, quedó clavado en tierra por una de sus grandes flechas; los otros cuatro, muertos o heridos, quedaron en el sitio. En cuanto a mí, después de haber descargado inútilmente mi arcabuz, dejé el campo de batalla a lo que me daban mis piernas, pero no pude correr tan rápido como la flecha de Ingol. El malvado me arañó las costillas, como podéis verlo. El diablo sabrá si la flecha no está envenenada.

DON JOSE: —¡Cómo! ¿Viste a don Alonso y no le habéis dado muerte?

MUÑOZ: —¡Cómo no! Monseñor, me habría gustado veros en mi lugar. ¿Creéis que es tan fácil? Por lo demás, él tiene un brazo roto, lo que prueba que recibió uno de nuestros regalos la noche anterior.

DON JOSE (fríamente): —Será para otra vez. Ve a que te curen.

MUÑOZ (aparte): —No parece más afectado por la noticia que si se hubiera tomado un vaso de vino para sentir placer. (Sale).

DON JOSE (después de un momento de reflexión): —¡Hola! ¡Que venga alguno!

UN NEGRO (entrando): —¿Monseñor?

DON JOSE: —Que venga doña Catalina. (El negro sale). La vieja está encerrada... Quedamos libres al fin. Catalina ha adivinado mi amor. Declarémoselo. Tengo esto para justificarlo. (Muestra la carta de doña Agustina). La astucia... El papel es nuevo para mí, y no sé si podré representar al zorro, cuando estoy acostumbrado a tomar mi presa como un león. Vamos, un último intento... Si no soy el más fino, seré el más fuerte. Aquí viene. (Entran doña Catalina y Dorotea, negra).

DOÑA CATALINA: —¿Me habéis mandado a llamar?

DON JOSE: —Debo hablaros. Dorotea, dejadnos.

DOÑA CATALINA: —Dorotea, escucha (le habla en secreto).

DOROTEA: —Sí, señora, tan pronto como me llaméis. (Sale).

DON JOSE: Sentaos. (Se pasea un rato en silencio).

DOÑA CATALINA: —Esperaba encontrar a mi madre con vos.

DON JOSE (deteniéndose): —¡Ay, Catalina, estáis contemplando a un hombre muy desgraciado! Os hice venir para que me ayudéis a soportar los males que me abruma.

CATALINA: ¡Padre mío!

DON JOSE (hablando consigo mismo): —Quisiera Dios que yo fuera su padre... Catalina debo revelarte un secreto doloroso... pero temo afligirte.

DOÑA CATALINA: —Estoy acostumbrada al dolor, pero no entiendo de secretos.

DON JOSE (patea con impaciencia y se pasea rápidamente). (Se calma poco a poco y se detiene delante de Catalina): —Catalina, estás viendo a un hombre deshonorado.

DOÑA CATALINA (levantándose): —En los asuntos de honor una mujer es mala consejera. Excusadme, pero tengo un bordadito que terminar para la Madona de nuestro púlpito.

DON JOSE (con tristeza): —¡Cómo! Pero no puedes por un instante conceder tu piedad... tus consejos a tu... a mí... a un desgraciado... Quédate, Catalina, os lo suplico.

DOÑA CATALINA (vacilante): —Hablad.

DON JOSE (sentándose cerca de ella): —Yo me casé por amor, Catalina... pero no tardé en darme cuenta que había hecho una mala elección. He sido muy desgraciado.

DOÑA CATALINA: —Es de mi madre de quien habláis.

DON JOSE: —Escuchadme. (Se aproxima). —Quizá deba censurarme tanto como a ella. Mi carácter es violento y yo soy injusto en mis momentos de cólera. Yo mismo he debido ofenderte a menudo, mi Catalina... Ayer todavía... (la toma de la mano)... ¿Me has perdonado? (Silencio).

DOÑA CATALINA (haciendo de tripas corazón): —Sois mi padre.

(Don José le aprieta la mano, después da una vuelta por el cuarto y vuelve a sentarse).

DON JOSE: —Apenas nos habíamos casado, tuve oportunidad de reconocer que nuestros caracteres no se avenían; pero estaba lejos aun de suponer toda mi desgracia. Desde hace mucho que no amo a mi mujer, y sin embargo... Ten, Catalina, lee este papel, y dime si un hombre de honor no sentiría hervir su sangre al enterarse de tanta infamia. (Le da la carta).

DOÑA CATALINA (sin abrirla): —¿De dónde viene esta carta? ¿Qué contiene?

DON JOSE: —Es una carta dirigida a su confesor; acabo de sorprenderla. Verás cómo ella me ha traicionado. Verás que don Diego Ricaurte es su cómplice... que es tu padre.

DOÑA CATALINA (rompiendo la carta, sin leerla): —No creo una palabra.

DON JOSE: —¿Qué haces?

DOÑA CATALINA: —¿Conozco a mi madre!

DON JOSE (recogiendo un pedazo de la carta): —¿Conoces su escritura?

DOÑA CATALINA: —No quiero ver nada. De mi madre no creeré nada deshonroso.

DON JOSE: —Durante mucho tiempo fui como tú; ¿pero cómo rehusarse a la evidencia? Pongo al cielo por testigo que este funesto descubrimiento me ha hundido en la desesperación y... sin embargo... siento al mismo tiempo... no sé qué especie de voluptuosidad... Oh, Catalina, me parece que el afecto, que esta ternura tan viva que tú siempre me has inspirado, tomaba una nueva forma. El amor de un padre es grande, sin duda, pero hay otro amor más grande todavía.

DOÑA CATALINA: —¡Padre mío!

DON JOSE: —No me llaméis con este nombre, no lo quiero. En esta palabra se encierra una idea de respeto que quiero alejar de nuestra intimidad, de nuestro amor... Sí, mi Catalina.

DOÑA CATALINA (se levanta con terror): —¿He oído bien lo que me decís?... Me hacéis temblar.

DON JOSE: —Quédate aquí, mi buena Catalina, amiga mía. Doña Agustina me ha pedido permiso para retirarse a un convento, y voy a quedar solo. Me será muy dulce tener cerca de mí a un ángel que dirija mis acciones, que atempere la violencia de mi carácter, que me dará el ejemplo de la virtud. Sí, mi amiga más querida, sólo tú puedes ser este ángel...

sólo tú puedes hacerme feliz. No desdeñes un amor que no tiene igual.

DOÑA CATALINA (arrojándose a sus rodillas): —¡Padre mío!... Matadme, os conjuro, pero no pronunciéis estas palabras horrorosas.

DON JOSE: —Oh, hija adorable... ¡Si tú leyeras en mi corazón!

DOÑA CATALINA (alejándose con espanto): —Mirad esta madona, ella os ve. ¿No teméis que un volcán se abra debajo de esta casa para engulliros?

DON JOSE: —Ah, por tí yo me lanzaría en medio de las llamas del infierno.

DOÑA CATALINA: —Matadme, o dejadme abandonar esta casa.

DON JOSE: —¡Escuchadme!

DOÑA CATALINA (acercándose a la puerta): —No puedo... me horrorizáis.

DON JOSE (deteniéndola): —¿Crees, entonces, que soy tú padre? No, mi Catalina, no. Te lo juro. Si yo fuera tu padre ¿sentiría por tí tanto amor? Es este amor tan impetuoso el que me advierte que tú no eres de mi sangre. Pero, ya lo veo, tu corazón está ocupado por un joven de cabeza descubierta. Los bordados de su vestido te han seducido. No has pensado en la ligereza, en la inconstancia de su edad. ¡Ah! Si buscas un amor que no cambie jamás, más ardiente que la lava al brotar del volcán... ¿Dónde encontrarías este amor en otro sitio que en mi seno? Yo te conjuro, amable niña, ten piedad de mí.

DOÑA CATALINA (zafándose con impetuosidad): —¡No me retengáis más, debo salir! No me retengáis más... o no sé lo que haré.

DON JOSE (reteniéndola todavía): —Y bien. Sal si quieres; pero escucha todavía algo. Tú me conoces, sabes que te amo; jamás he sentido una pasión más violenta... Para satisfacer un deseo, nunca he vacilado en desafiar todas las leyes. Mira, ¿ves este brazo? Levanta sin esfuerzo dos arcabuces. ¡Compáralo con tu bracito tan blanco!... He dicho suficiente. Piensa en mis palabras. Puedes salir.

DOÑA CATALINA (adelantándose): —Escuchadme a vuestro turno. Soy vuestra hija, y lo sabéis. Me habéis dado vuestra energía, vuestro valor. Si a mi brazo le falta la fuerza,

llevo un puñal. En tanto que tenga la fuerza de sostener este puñal (saca un puñal de su corset (7)), de defenderme con este puñal... no os temo. (Sale).

DON JOSE (con una risa salvaje): —¡Y bien! ¡Hiere a tu padre! Prefiero triunfar sobre una tigresa que sobre un bicho tímido. ¡Supérame! Por los huesos del viejo Carvajal, estoy contento. Si triunfo, nacerá de nosotros un linaje de demonios (sale).

ESCENA VI

La habitación de doña Agustina

DOÑA AGUSTINA en su lecho; MUÑOZ, EL CAPELLAN

DOÑA AGUSTINA: —¿Creéis que estoy en estado de gracia, señor abate?

CAPELLAN: —Lo creo firmemente.

DOÑA AGUSTINA: —Espero que vuestra consoladora afirmación me dará fuerzas para soportar este horrible momento. Oh, cuando lo pienso siento un sudor frío que me corre por todo el cuerpo.

CAPELLAN: —¡Ay!

DOÑA AGUSTINA: —¿No hay, pues, ninguna esperanza... ninguna esperanza...? (Silencio). ¿Creéis que me queden todavía algunas horas por vivir?

CAPELLAN: —Temo...

MUÑOZ: —Mirad, yo he sido por doce años carpintero y médico a bordo del *Mombar*, y he escuchado los estertores de más de un bravo bucanero. Yo me conozco. Voy a deciros lo justo.

DOÑA AGUSTINA: —¡Oh! No me digáis nada, Muñoz. Quiero que la muerte venga sin que yo lo sepa. Dios mío, Dios mío, ¿hay que sufrir tanto para presentarse ante tí? Y todos estos sufrimientos por tan poca cosa. ¡Por un vaso de limonada!

MUÑOZ (aparte): —Sí, pero era buena.

EL CAPELLAN: —Este peligro de muerte que acompaña todas nuestras acciones, aun las más indiferentes, debe enseñarnos cuán atentos debemos estar a las voces de Dios, porque de un momento a otro puede llamarnos a su lado.

DOÑA AGUSTINA: —¡Oh, cómo sufro! Mi pecho arde. Muñoz, no podríais darme cualquier cosa para calmar estos dolores agudos?

MUÑOZ (dándole una taza): —Bebed esto, os hará bien. (Al capellán): Qué os pasa, señor abate. Ponéis mala cara, me parece. Mezclad algo del espíritu, si lo creéis oportuno.

DOÑA AGUSTINA (con voz débil): —¡Oh, Dios mío! Si mi agonía debe ser larga... dadme valor. Muñoz, mi marido no viene... Deberíais pedirle que se apurara.

MUÑOZ: —El vendrá.

DOÑA AGUSTINA (al capellán, bajo): —Mi padre... acercaos a mi lecho... más cerca aún... Mi hija... ¿Sabéis dónde está?

MUÑOZ: —¿Qué pide ella?

CAPELLAN: —Querría ver a su hija.

MUÑOZ: —Está donde las señoras del Rosario, en Cumaná. Ya os lo he dicho más de una vez.

EL CAPELLAN (haciendo con el dedo un gesto negativo): —Sí, señora, yo la he visto partir.

DOÑA AGUSTINA: —¡Ay!, mi pobre hija... Y mi marido que no viene. Sin embargo es necesario que lo vea... Tengo necesidad de hablarle.

MUÑOZ: —Toma, aquí está.

(Entra don José. El capellán y Muñoz se retiran al fondo de la habitación).

DOÑA AGUSTINA: —Os lo agradezco, don José... os lo agradezco con todo mi corazón.

DON JOSE (aproximándose al lecho). Esperaba encontraros mejor, señora.

DOÑA AGUSTINA: —¡Ah! Estoy bien mal... don José... Voy a presentarme ante Dios... No querría condenarme por una mentira... Pero... ya lo sabéis... Catalina es vuestra hija... jamás habéis tenido dudas.

DON JOSE: —Excusadme si en un momento de mal humor... Perdonadme, os lo ruego.

DOÑA AGUSTINA: —¡Don José... Dadme vuestra mano... si no tenéis miedo de contagiarnos de mi mal. (Don José le da su mano). Prometedme... es el ruego de una moribunda... ¡Don José!

DON JOSE: —Si tenéis algún encargo que dejarme, estad segura que será fielmente ejecutado.

DOÑA AGUSTINA (atrayéndolo hacia ella; muy bajo): —Sed un padre para Catalina, don José. Jurádmelo... Pensad que los juicios de Dios son terribles.

DON JOSE (bruscamente): —La fiebre os hace delirar. (Retira violentamente su mano).

DOÑA AGUSTINA (asiéndose de la punta de su capa): —¡Es vuestra hija! ¡Sois su único protector! ¡Sois su *padre*!

DON JOSE: —Debo dejaros. Vendré luego para saber cómo estáis.

DOÑA AGUSTINA (deteniéndole aún): —Todavía un segundo, don José... Que pueda abrazarla una sola vez... sólo un beso, y después ella se irá.

DON JOSE: —Ella partió. Está en el convento.

DOÑA AGUSTINA (sin soltarlo): —Dejarla sola aquí... y morir sin decirle adiós! ¡Oh, mi dulce Salvador!

DON JOSE (aparte): —¡Qué horrible espectáculo! (Alto): Dejádme partir, tengo que irme.

DOÑA AGUSTINA: —Os lo súplico... ¡Ah! ¿Por qué ese puñal?

DON JOSE: —Es mi daga. Sabéis que siempre la llevo conmigo.

DOÑA AGUSTINA: —Tiradla... está ensangrentada... Don José... piedad para ella... Pero esta daga...

(Don José retira su capa y avanza hasta donde están el capellán y Muñoz).

DON JOSE: —Delira. No hay esperanza.

DOÑA AGUSTINA: —Catalina... hija mía... Oh, apartad esa daga... Sangre... puñales... ¡Salvadme! ¡Salvadme!

DON JOSE (aparte): —Este miserable de Muñoz es un inútil... la agonía de esta mujer es espantosa.

MUÑOZ (bajo a don José): —Si queréis retiraré su almohada y será asunto concluído.

DON JOSE: —No, que se la deje morir tranquila. (Al capellán): La recomiendo a vuestros cuidados. (Sale).

EL CAPELLAN (presenta un crucifijo a doña Agustina) :
—Señora, ved al que tanto ha sufrido por vos. ¿Qué son vuestros dolores en comparación con los de Jesucristo?

DOÑA AGUSTINA: —¡Apartad esa daga de mis ojos!

MUÑOZ: —A esta hora ella toma un crucifijo por una daga. Es por lo que brilla.

CAPELLAN: —Señora...

DOÑA CATALINA: —¡Piedad! ¡Piedad!

CAPELLAN: —Pensad...

MUÑOZ: —No la atormentéis. Está confesada, lista para aparejar hacia el otro mundo; ¿qué más podéis hacer?

CAPELLAN: —Sus ojos están fijos, ella está rígida.

MUÑOZ: —Agoniza todavía... habla siempre de daga.

DOÑA AGUSTINA: —¡Jesús! (Muere).

MUÑOZ: —Una convulsión... ¡Bien!... Otra más... Y aquí termina. El pulso se detuvo... Ella ha levado anclas.

CAPELLAN: —¡Dios quiera recibir su alma! (Aparte):
¡Qué horrores estoy obligado a ver en esta casa! (Salen).

ESCENA VII

El gabinete de don José

DON JOSE, solo.

—Era inútil... Esta mujer me apenó... Ella no molestaba aquí para nada... No me gusta ver sufrir a un ser débil... Más habría valido... Lo que está hecho, hecho está y no pensemos más en ello. Un hombre no debe nunca arrepentirse... Y..., ¿qué importa una mujer de más o menos en el mundo? En cuanto a Catalina..., ¿qué diferencia hay entre estos deseos tan violentos y la ejecución de los mismos? Amándola, soy criminal y desgraciado; poseyéndola, soy criminal, pero feliz... ¿Y vacilaría? Sin embargo, no sé lo que siento... Me falta el valor, y de día en día dilato la ejecución de mis deseos... ¿Será que la naturaleza, la voz de la sangre, como dicen, quiere hacer un milagro?... Y..., tengo cuarenta y seis años... (con una risa amarga)... Dicen que hay santos que... ¡Ea!

Cuando fuere preciso, beberé del mismo brebaje infernal que le he preparado... Si después muero..., ¿qué importa?... Habré sido feliz. ¡Sí! Voy a probar una felicidad diabólica. Después de eso, nada más puedo esperar sobre esta tierra.

MUÑOZ: —Ah, monseñor.

DON JOSE: —¿Qué hay, Muñoz? ¿Por qué esa cara de susto?

MUÑOZ: —Por las mil pipas del diablo, monseñor, no habéis querido creerme cuando os he predicho que esta canalla de los indios os jugaría una mala pasada. Si al menos hubiérais hecho venir de la costa una veintena de arriscados como yo, podríamos salir del paso; pero ¡vuestros negros! Esos bribones no saben manejar ni un arcabuz, ni una pica.

DON JOSE: —En fin, ¿qué es lo que han hecho los indios?

MUÑOZ: —Diantre, monseñor, subid a vuestro observatorio, y veréis lo que han hecho. Hay más de doscientos a dos tiros de arcabuz de vuestra puerta. Y lo peor es que he visto entre ellos una veintena de blancos, sin duda reunidos por don Alonso.

DON JOSE (hablando consigo mismo): —Ayer cumplí cuarenta y seis años. Mi hora ha llegado.

MUÑOZ: —He aquí que la tempestad nos coge de flanco y se trata de sostener el timón. ¿Qué ordenáis?

DON JOSE: —¿Dices que no son sino doscientos?

MUÑOZ: —¡Por la asadura de la papa!... Me parece que son bastantes para cortarnos el cuello a todos los que estamos aquí. ¿Sabéis cómo hacen los indios para cortarles el cuello a un honrado español? Le ponen un pie sobre el estómago; con una mano lo tienen por los cabellos. Dos tajos de machete (8), y la cabeza les cuelga de la mano.

DON JOSE (con aire distraído): —Hay que armar a mis negros.

MUÑOZ: —No me aguardé a vuestras órdenes, monseñor; pero los graciosos ya están en una actitud lamentable. Pálidos bajo su piel negra. Ah, si tuviera solamente dos falconetes para defender la puerta... Solamente aquel cañón de caza que arrojamos al mar durante la famosa tempestad que aguantó *El Mobar!*

DON JOSE (aparte): —Una hora da placer. Enseguida el infierno, o, tal vez, nada. (Alto): Voy a animar a mis gentes. (Llama, a un negro que entra). Traedme un cuenco de leche. (El negro sale. Muñoz mira asombrado a don José). Muñoz, tú asumirás la comandancia de mis esclavos. Deseo que resistas una hora. Yo me reuniré contigo en ese lapso y los rechazaremos o moriremos juntos.

MUÑOZ: —Pero, monseñor...

DON JOSE: —Nada de réplicas. Nuestros muros son altos. ¡Te espantan indios armados con flechas! ¡Gracioso! Hace diez años no habrías tenido miedo de saltar al abordaje delante de un cañón cargado hasta la boca.

MUÑOZ: —¡Y bien! Me haré matar. No hablemos más.

(El negro entra, deja la leche sobre una mesa y sale).

DON JOSE: —Ven aquí. Revuelve con la cuchara mientras yo vierto este licor en la leche.

(Saca un frasco de su seno y vierte algunas gotas en la leche. Después lo tapa con cuidado).

MUÑOZ (aparte): —Y, sin embargo, tiembla.

DON JOSE: —Voy a hacer mi ronda. Lleva esta leche a mi hija, es la hora de su desayuno. Espera, no tengo nada que hacer con esta espada. Tómala. Que la encuentre sobre mi mesa con mis pistolas cargadas. Ten.

(Se quita el cinturón y pasa su espada a Muñoz. Su daga sale de la funda (9) y cae por tierra).

MUÑOZ (recogiéndola): —Ahí está, la daga que le daba tanto miedo a doña Agustina. Tened cuidado, casi no se mantiene en la vaina.

DON JOSE: —Tal como está, me servirá todavía por hoy (la guarda en el seno). Muñoz, ¿estás seguro que mi hija ya no tiene su puñal?

MUÑOZ: —Sí, monseñor. Flora la mulata os lo entregó, bien lo sabéis.

DON JOSE (golpeándose la frente): —Me he vuelto un flojo. Anda, lleva la leche; mientras tanto voy a hablar con mis gentes.

MUÑOZ (aparte): —Esto toma un mal cariz para nosotros. (Salen).

ESCENA VIII

La habitación donde está encerrada doña Catalina.

DOÑA CATALINA, MUÑOZ

MUÑOZ (coloca la leche sobre la mesa. Aparte): —¡De profundis! Y por dos.

DOÑA CATALINA: —¿Cómo se porta mi madre?

MUÑOZ: —Muy bien.

DOÑA CATALINA: —Yo sé que ella ha estado enferma. ¿Por qué no se me dice la verdad?

MUÑOZ: —Vuestro desayuno. (Sale).

DOÑA CATALINA (sola): —¡Miserable canalla! Mi pobre madre. No sé qué ideas atroces me rondan... ¡Oh, no!... Imposible... Don José... Semejante crimen está todavía lejos de su corazón... Sin embargo... que feroces se ponían sus ojos cuando la miraba... No..., él no se atrevería..., pero..., pobre madre..., la han dejado sola, estoy segura... La dejan sin cuidados... La dejarán morir... Y yo no puedo estar a su lado... ¡Miserables!... ¡Ah! Don Alonso, también tú me has abandonado! Pero, ¿qué podría hacer para liberarme...? Y él mismo, ¿vivirá?... ¡Oh, Dios mío! ¿No tendrás piedad de mí? Daría todos los años de mi vida por un día de libertad... ¡Ah! (Esconde su cabeza entre las manos). No puedo pensar... Si pudiera dormir... Ni un instante de reposo a mis angustias... No puedo leer... ¡Qué horror! Quitarme los libros piadosos y encerrarme con estos libros condenables! ¡Ay! No he tenido un instante de felicidad desde que llegué al mundo... (Se escucha afuera un ruido confuso). ¿Qué oigo?... ¿Me engaño?... ¿No es el grito de guerra de los indios?... No, todo se oye tranquilo..., nada..., es el viento... ¡Qué agitado está mi corazón!... No. Todavía me engaño... Estoy tan fatigada por mis pensamientos y mis vigiliass, que temo volverme loca. A menudo me parece que hablan en voz alta en mi prisión... Mi pobre cabeza está trastornada. (Se sienta frente a la mesa en medio del mayor abatimiento)... Sí, lo siento... me vuelvo idiota..., entregada a contar las pajas de esta estera... (Se levanta con ímpetu). Es lo que él quiere, porque entonces estaré a su merced. Oh, ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Ten piedad de mí! ¡Dame tu valor! (Se arrodilla y ora. Se levanta). Está espeso el aire en este cuarto, y ese pedacito de cielo que alcanzo a ver, qué brillante

azul tiene! (Se sienta). Ah, mi cabeza es una hoguera, (mira la leche). Me tratan como yo traté a esos animales a los que alimentaba en la jaula. Si nunca llego a ser libre, les devolveré la libertad a todos. (Toma la taza y hace el signo de la cruz, enseguida la bota lejos, de un golpe). Iba a cometer un pecado..., hoy es día de ayuno y, por el sol, veo que aún no es mediodía. Con cinco días que llevo en esta prisión, ya había olvidado que debo observar los días de ayuno (cuenta en los dedos). Sí, debo ayunar hoy (con buen talante). Y además, esta privación... Esa leche me provoca... Un segundo antes... ¡Qué miserable soy! Un pecado de gula en mi posición... ¡Ah! La desgracia rebaja los sentimientos... Para castigarme voy a regarla hasta la última gota (vierte la leche lentamente sobre una mata de arbusto). Algo hice bien: acabo de evitar un pecado y ello me alivia. (Ruido afuera). ¡Ah! Esta vez no me engaño. Un arcabuzazo. Vienen a liberarme. ¡Otro! ¡Y otro!... El grito de guerra de los indios, lo oigo. ¡Alonso! ¡Alonso! ¡Ah! (Huye al fondo de la habitación al ver entrar a don José). (Don José cierra la puerta, tira la llave por la ventana y observa la taza vacía).

DON JOSE: —Demonios, vais a tener una comedia digna de vosotros. El cielo que me da el corazón de un padre, el cielo puede hablar ahora; mi elixir hablará más alto.

DOÑA CATALINA: —¡Socorro! ¡Socorro!

DON JOSE: —Tus gritos son inútiles.

DOÑA CATALINA: —¡No os acerquéis!

(Los gritos y los arcabuzazos se oyen más cerca).

DON JOSE: —Ellos van a entrar; pero llegan demasiado tarde.

(Don José se lanza sobre Catalina, que se debate entre sus brazos. Tratando de rechazarlo, ella toca el puño de la daga, la toma y hiere a su padre).

DOÑA CATALINA: —¡Estoy salvada!

(Huye hasta el muro más alejado de don José, y permanece allí inmóvil, en la mano la daga ensangrentada, y mirando a su padre con aire despavorido).

DON JOSE (derribado): —Has matado a tu padre, miserable!... Eres mi hija..., pero me has superado... Anda... yo te maldigo..., y voy allá abajo..., a preparar tu suplicio... ¡Toma!... Es la sangre de tu padre.

(Sacude hacia ella su mano ensangrentada; el tumulto aumenta. Fuertes golpes zangolotean la puerta).

DON ALONSO (detrás de la escena): —¡Golpead! ¡Hundid la puerta!

(La puerta es derribada. Entran don Alonso, el cacique, Ingol, españoles e indios armados).

DON ALONSO: —¡Amada mía!... ¡Dios! ¿Qué veo?

DON JOSE: —Españoles, vengad a un padre asesinado... por su hija... Ahí está... la parricida... vengadme... vengadme... (muere).

DON ALONSO: —¿Qué dice?

EL CACIQUE: —¡Está muerto!

UN ESPAÑOL: —Ella está cubierta de sangre.

OTRO ESPAÑOL: —Sostiene aún la daga ensangrentada.

DON ALONSO: —Catalina.

DOÑA CATALINA: —!No os acerquéis!

DON ALONSO: —¿Quién lo mató?

DOÑA CATALINA: —Yo. Dejad a la parricida...

TODOS: —Ella ha matado a su padre.

DON ALONSO: —¡Vos!, ¡Catalina, vos!

UN ESPAÑOL: —Un arcabuzazo en la cabeza, es lo que merece.

(Don Alonso da un paso hacia Catalina, y se detiene delante del cadáver).

DON ALONSO (al cacique): —Cacique... adiós... Conducid a esta desgraciada a donde ella quiera retirarse... Adiós, no me volveréis a ver (estrecha la mano de Ingol y sale; los españoles lo siguen).

EL CACIQUE: —Vaya con los blancos, estos hijos primogénitos de Dios, como nos enseñan los de sotana.

(Ingol ase a doña Catalina por el pelo, y blande su machete para cortarle la cabeza).

INGOL: —Muere, ya que has matado a tu padre.

EL CACIQUE (deteniéndolo): —Nuestro amigo quiere que ella viva, y vivirá, esa es la voluntad del cacique. Mujer, ¿a dónde debo conducirte?

DOÑA CATALINA (después de un silencio) : —Llévame al bosque.

EL CACIQUE: —Pero... allí pronto serás devorada por los tigres.

DOÑA CATALINA: —Prefiero que sea por los tigres y no por los hombres. ¡Partamos!

(Catalina camina con paso firme hacia la puerta; pero, al pasar delante del cadáver, da un grito agudo y cae sin conocimiento).

INGOL: —Así termina esta comedia y la familia de Carvajal. El padre fue apuñalado, la hija será devorada: excusad los yerros del autor.

— F I N —

NOTAS DEL AUTOR

(1) Dicha hierba, en la cual los españoles de la América Meridional creían encontrar un remedio o un preservativo contra la mayoría de las enfermedades, es de uso poco más o menos general en esta parte del Nuevo Mundo. Se echa la yerba seca y casi en polvo en un recipiente de plata o de porcelana, al cual está adaptado un tubo largo. Se le mezclan azúcar, jugo de limón y perfumes, y después se le echa agua hirviendo. Para ser verdaderamente iniciado hay que aspirar por el tubo la infusión hirviente, sin hacer ni un gesto.

(2) Pieza gruesa de madera muy pesada, ahuecada y dividida en dos partes, que se juntan por medio de cadenas. Se hace meter la pierna del prisionero, que no puede ni levantarse, ni darse vuelta.

(3) Pido perdón por esta palabra. Se encuentra en la Biblia, y Catalina prácticamente no había leído ningún otro libro.

(4) La Cruz del Sur, constelación familiar a todos los que han viajado por América. Se sabe la hora, durante la noche, por su inclinación sobre el horizonte.

(5) Una flecha cuyas plumas están teñidas de rojo es un signo de guerra para la mayoría de las naciones indígenas.

(6) Es la imagen más venerada en la Nueva Granada.

(7) Muchas mujeres usan todavía corsets semejantes en América y en España.

(8) Enorme cuchillo del cual se sirven para cortar las lianas y las plantas que a menudo cierran los caminos en los bosques del Nuevo Mundo.

(9) La espada y la daga se llevaban agregadas al mismo cinturón. Ver "*El médico de su honra*", Calderón.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) Más fiero y cruel que Carvajal. (En español en el original. N del T.).

(2) Asta larga que en uno de los extremos tiene un hierro de punta y gancho, y que en las embarcaciones menores sirve para atracar y desatracar.

(3) Vela que se coloca en el mastelero mayor de las naves.

(4) Cabo trenzado, de uno a dos metros de largo. Se emplea para sujetar el cable al virador, para trincar la caña del timón, etc.

(5) En el texto se la denomina como "Notre Dame de Chimpaquirá".